

Domingo de Resurrección

Hechos de los apóstoles 10, 34a. 37-43; Colosenses 3, 1-4; Juan 20, 1-9

«Entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó »

8 Abril 2012 P. Carlos Padilla Esteban

« El amor humilde de Jesús despierta en sus corazones un amor más grande. Entienden que el amor es servicio y se ven capaces de entregar su vida »

Lavar los pies a los discípulos es un acto de amor y un acto de profunda humildad. Y es que el amor y la humildad van unidos. El otro día leía una reflexión de Javier Barraca, filósofo, sobre la humildad: «*Ser una persona humilde no tiene nada que ver con tener una autoestima baja ni con ser un pusilánime. El corazón de la humildad no es otro que el amor*». A veces malinterpretamos la virtud de la humildad. Y pensamos que, para ser humildes, no podemos aceptar elogios y es necesario rechazar cualquier alabanza. Ser humildes, en realidad, significa ser verdaderos, reconocer nuestro valor y, después de ello, seguir convencidos de nuestra pequeñez. Alegrarnos por nuestros éxitos y dar gloria a Dios por el don de la vida, porque todo es de Dios y nosotros, poca cosa. Pero siempre la humildad es verdad, como lo explica el autor: «*A mayor presencia en el ser humano de la humildad menos parece captársela en uno mismo: la humildad es humilde hasta en su reconocerse como tal. El humilde sabe que todo, empezando por la humildad, es gracia*». Cristo se humilla, se hace pequeño, se arrodilla ante sus discípulos, como María en Betania al arrodillarse ante Él y romper el frasco del perfume. María amaba a Jesús y derramó el perfume de su amor por todo la casa. Cristo, al lavar los pies, derrama el perfume de su amor. El acto de humildad de Cristo es un acto de amor, un acto que engendra una vida nueva. Se abaja a la altura de los pies, para que todos puedan sentirse importantes a su lado. Cristo ama a los suyos y les muestra el camino del servicio. Cristo les regala una dignidad que nunca habían tenido antes. Mirando a Jesús arrodillado a sus pies se sienten importantes. El verdadero amor siempre eleva a la persona amada. La humillación de Cristo eleva la valía de los suyos. El amor humilde de Jesús despierta en sus corazones un amor más grande. **Entienden que el amor es servicio y se ven capaces de entregar su vida.**

La última cena se convierte entonces en la antesala de la cena pascual, del compartir fraternal en torno a Cristo vivo. El Cenáculo y Emaús reflejan el mismo acto de amor, un amor que se entrega, que se dona y se parte, un amor que se regala sin esperar nada a cambio. Pero entre estos dos momentos se abre el misterio más sorprendente: la vida del resucitado que brota del corazón partido. En la última Cena entienden los discípulos que el que se guarda su vida la pierde para siempre y comprenden que si la semilla no muere no da nunca fruto. Lo aman profundamente, y no acaban de descubrir el significado del pan partido. En la última cena se toca ese amor cercano y humano, sagrado y divino, se vislumbra el misterio. Entienden en ese pan que se parte, y en ese pan que se bendice, que la vida merece la pena. Poco después comprenderán la grandeza de una muerte que trae la vida. Entenderán que hay un plan de amor detrás de todo, como lo comenta Benedicto XVI: «*No somos fruto de la casualidad o la irracionalidad, sino que en el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios. Permanecer en su amor significa entonces vivir arraigados en la fe, porque la fe no es la simple aceptación de unas verdades abstractas, sino una relación íntima con Cristo*». La última cena es expresión del amor de Dios por el

hombre. En ese compartir la vida se hace fuerte la fe. La Resurrección viene a ser el beso de Dios que nos levanta de nuestra muerte. Y como escuchamos hoy, si nos arraigamos en una fe más fuerte, la vida cambia para siempre: «*Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria*» Colosenses 3, 1-4. La resurrección nos hace capaces de una vida nueva. No nos basta con seguir buscando tan solo los bienes de la tierra, aunque la belleza de todo lo humano siempre llena el corazón. Ahora necesitamos los bienes del cielo. **Sin ellos la sed permanece y el corazón no encuentra la paz verdadera.**

Pedro, cuando Jesús se acerca a lavarle los pies, se escandaliza y exclama: «*Señor, ¿lavar me los pies tú a mí?*» Su corazón no entiende el sentido de la humillación. El Maestro no podía abajarse, no era prudente y no correspondía a su condición. Jesús era más que ellos, era el Mesías. Su puesto no era el de un criado. Los esclavos son los que se humillan y lavan los pies llenos de suciedad de sus señores. Pero no al contrario. El mundo se había metido en el alma de Pedro. El mundo es mundo y Dios es Dios. Había que respetar las normas del mundo, así pensaba Pedro. Él era un hombre corriente y no entendía los caminos que superaban su capacidad. No estaba preparado para invertir el orden de las cosas. No podía comprender un amor humillado. Por eso exclama: «*No me lavarás los pies jamás*». Pedro no era capaz de ver el sentido de la verdadera conversión. No sabía de qué suciedad habla Cristo. ¿De qué pecados hablaba? No sabía que necesitaba limpiar su alma hasta lo más profundo. Su alma estaba desordenada. Por eso Jesús le aclara el sentido profundo de su gesto: «*También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis*». Pedro tampoco comprende. ¿Qué significa hacer lo mismo que Él? ¿Cómo es posible soportar tanta humillación? El corazón se rebela ante el sufrimiento del desprecio. No queremos ser humillados. Nos gustan los primeros puestos y queremos recibir honores. La humillación no nos parece necesaria. Sin embargo, parece ser el único camino. La humillación del Cenáculo se convierte en camino de vida. La humillación por amor, la humildad unida al amor. **La vida que se arrodilla a los pies del amado.**

La ley fundamental del mundo es el amor y no la justicia: «*Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: -Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía.*» Es el amor de su cuerpo partido y entregado y de su sangre derramada por los hombres. Cristo se entrega por amor a los suyos. No se guarda nada. Decía el P. Kentenich: «*La ley fundamental del mundo es el misterio divino del amor de Dios*»¹. Y continúa: «*¿Qué persigue Dios con todo lo que hace y permite, con la forma en la que ha creado el mundo, con la modalidad de su gobierno? Todo para la unión de amor con Él. El amor es el comienzo, el amor es el centro, el amor es el fin*»². El misterio de esta semana se centra en el amor y no en la justicia. Decía S. Felipe Neri: «*Si quieres ser obedecido pon pocas reglas. Yo solo pongo una: la Caridad*». La caridad debería ser la regla fundamental de nuestra vida. La caridad es la regla fundamental de Cristo, del plan de Dios, aunque su muerte siga siendo injusta. Es la tensión en el corazón del hombre entre el odio y el amor. Cristo ama y, como respuesta, recibe odio. El amor no es comprendido. La paz es rechazada. Porque si lo hubieran entendido, si hubieran sido capaces de comprender su vida, la vida de los que rechazaban a Cristo hubiera sido diferente. Pero nosotros tampoco comprendemos su amor, porque tanto amor, nos parece demasiado. Decía el P. Kentenich: «*Si nosotros mismos estuviésemos captados por la Providencia Divina, por la entrega sin reservas en el espíritu*

¹ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 251

² J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 238

*de infancia, nada en absoluto podría desarmarnos en la profundidad de nuestra interioridad. Recorriéramos con gran serenidad nuestro camino. Nuestra energía no estaría paralizada, no seríamos pesimistas*³. Y añade: «*Es más, podría decir que, cuanto más se agita el oleaje en torno nuestro, con tanto mayor fuerza nos sentimos cobijados en el seno de Dios*⁴. Necesitamos una paz así. Queremos vivir en esa paz que surge al sabernos amados de esa forma por Dios. Si el amor de Dios es el que nos guía y vemos su mano en nuestra vida, seremos capaces de vivir arraigados en su corazón. Porque sabemos que la muerte de Cristo es injusta, nuestra propia muerte también lo es, así como la enfermedad, o la cruz que padecemos. El amor, sin embargo, es el que rige el mundo, aunque no comprendamos, aunque no acabemos de aceptar la realidad tal y como es. Pero si creemos en su amor, viviremos cobijados en medio de la tormenta, en las olas de la tormenta, en el ruido de esta semana que habla de muerte y traición. Sólo si entregamos la vida por amor, tendrá sentido todo lo que hacemos. **Mientras nos busquemos en nuestro egoísmo, nada nos dará paz.**

Pilato tampoco comprende a Cristo. Él sólo quiere saber y se deja llevar por los acontecimientos sin tomar las riendas de su propia vida. Quiere saber: «*¿De dónde eres tú?*» Necesita saber. No soporta el silencio de Jesús: «*Pero Jesús no le dio respuesta*». No puede condenar a un hombre al que cree inocente. A un hombre que no se defiende. Aunque todo le parezca injusto. Sin embargo, no acaba de entender sus palabras cuando habla: «*Mi reino no es de este mundo*». Pilatos no conoce la verdad: «*Y, ¿qué es la verdad?*» Pilato no ama a Jesús, sólo se compadece de su suerte. Por eso acepta que sean otros los que lo maten, porque él no quiere ser culpable de nada: «*Llevaoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él*». Él prefiere lavarse las manos. Pero, tal vez, al lavarse las manos, se acusa. Se hace cómplice de la sangre inocente. Pilato, que creía en la inocencia de Jesús, no logra seguirlo. No se deja enamorar por ese Cristo que carece aparentemente de poder. En ese momento es él quien puede decidir la muerte o la salvación de Cristo. Intenta el camino de Barrabás. Piensa que así podrán crucificar al pecador y no al justo. Sin embargo, un hombre como Barrabás era inofensivo para los judíos: «*A ése no, a Barrabás*». Y Barrabás es liberado, no por su inocencia, sino por el odio que no soporta tanto amor. Un hombre como Cristo, justo, sin pecado y capaz de amar hasta dar la vida, era algo intolerable. El corazón humano no podía acoger tanto amor. Pilato mismo no era capaz de comprender. Por eso calla y su silencio lo acaba condenando. Nuestro silencio es muchas veces como el de Pilato. **Callamos y dejamos que sean otros los que actúen; nos hacemos cómplices del mal. Nos lavamos las manos.**

Pero la pregunta con la que comenzaron estos días de Semana Santa es clave: «*¿A quién buscáis?*» En el huerto de los olivos lo buscaban a Él, buscaban al Maestro. No para seguirlo, no para saber quién era, sino para detener sus pasos. Fue traicionado con un beso. Un beso de Judas. Un beso lleno de dolor y amargura. ¿Qué tiene Judas en su alma? ¿Odio, frustración, amor? ¿Rabia contenida, impotencia, rebeldía, ignorancia? Sí, tal vez es la ignorancia el origen de su odio. Ignora quién es Jesús e ignora quién es él mismo. La ignorancia puede ser cuna de muchos odios. Cuando ignoramos de dónde venimos y hacia dónde vamos, nos perdemos. La vida parece no tener un sentido. ¿Para qué amar? El odio y el deseo de traicionar surgen de un corazón que no está en orden, que no se conoce y no reconoce a Dios. No comprende los planes de Dios y se rebela contra ese Dios injusto. No acepta que sus caminos no sean los caminos de Dios porque se cree en posesión de la verdad. ¿O tal vez quería llevar a Jesús hasta el extremo? ¿Esperaba acaso una defensa de Jesús? ¿Era posible que ese Jesús pacífico y paciente con el que había compartido tantas cosas fuera a cambiar su manera de actuar en una noche? No, es difícil pensar que Judas creyera en un cambio de estrategia. Judas tal vez lo esperaba como

³ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 252

⁴ Ibídem

última salida. Pero tampoco confiaba en esa salida. Su desesperación lo lleva a entregarlo con un beso, con la señal de los amigos. Con un beso lo reconocen, en un beso reconoce Jesús la traición y el desprecio. **¡Cuánto desprecio en ese corazón atormentado!**

A la traición de Judas, sigue el silencio de Pedro y su negación. Se trata de la negación más difícil para Cristo que lo mira desde lejos: «*Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: - ¿No eres tú también de sus discípulos? Él lo negó, diciendo: - No lo soy.*» La traición de Judas es muy dura. Pero el silencio de Pedro es hiriente. Es el dolor de la traición del amor. Pedro era ese hijo amado que tampoco había entendido el sentido de tanto amor. Seguía enamorado de su proyecto de vida. Lo había dejado todo por seguir a Jesús. Tenía en su corazón el sueño de una gran empresa. Jesús iba a cambiar el mundo, la realidad que hacía difícil la vida. Pedro soñaba con otro mundo, con otra vida. Por eso no entiende el camino de la cruz. Ni la soledad del abandono. No soporta la indefensión del Maestro. No tolera la oscuridad de esa noche llena de traiciones e incomprendición. Comenta Benedicto XVI: «*La noche significa falta de comunicación, una situación en la que uno no ve al otro. Es un símbolo de la incomprendición, del ofuscamiento de la verdad. Es el espacio en el que el mal, que debe esconderte ante la luz, puede prosperar.*» No pudo mantenerse en vela en el huerto en medio de la noche. El sueño era más fuerte. No tenía miedo entonces. Pero más tarde, surge el miedo con fuerza. Pedro sigue de lejos a Jesús. Pero lo niega cuando teme por su propia vida. Quiere salvar a Jesús, pero no está dispuesto a morir con él. Quiere su plan, no el de Dios. No ve el amor de Dios por ningún lado en esa noche de traiciones y sangre. No acepta la soledad del calabozo. No quiere morir. Se rebela contra la muerte. No quiere entregar su libertad. El miedo, siempre el miedo. Por eso niega sin poder evitarlo. La respuesta sale de sus labios sin poder callarse: «*¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre? Él dijo: -No lo soy.*» Tiene miedo de la muerte ante una criada que pregunta en la noche. El gallo canta. Pedro recuerda y descubre esa mirada de Cristo. Esos ojos que no condenan, no acusan, no traicionan. Él llora. Sí, el rudo pescador, el hombre fuerte, la roca, llora. Llora como nosotros cuando negamos, cuando nos callamos. También nosotros tenemos miedo. Preferimos nuestros planes y no acabamos de entender a Dios. Por eso lo negamos. Decimos que no lo conocemos, que no tenemos su mismo acento, aunque Él nos haya enseñado a hablar. Decimos que no somos de los suyos, que no somos sangre de su sangre. Nos asustan las consecuencias si decimos que somos de Cristo. **Nos da miedo todo lo que implica. Nos parecemos mucho a Pedro.**

Pedro, poco antes, tan sólo horas antes, había preguntado a Jesús: «*¿Por qué no puedo seguirte ahora?*» Estaba dispuesto a dar su vida por el Señor. Lo tenía claro. Quería tanto al Maestro que no pensaba actuar con miedo. Sin embargo, esas dudas de Jesús, esa acusación sutil, ese hacerle notar que no era capaz de aguantar la muerte, era un fuerte golpe a su orgullo. Él siempre había pensado que podía hacerlo todo solo. Se sentía fuerte, se sabía valiente. Lo había apostado todo por Jesús con su mentalidad de empresario. Ahora ya no era posible echar marcha atrás. ¿Por qué dudaba Jesús de sus fuerzas? ¿Por qué ahora no iba a ser capaz de seguirlo? ¿No era él la roca? Surgen las dudas en el alma. Unas dudas profundas y dolorosas. Las dudas que lo hacían correr por las calles buscando el rastro de Jesús, siguiéndolo de lejos, con un miedo inconfesable en su alma. Se escondía como si fuera culpable de un crimen inconfesado. Y su único crimen había sido seguir al Nazareno. Había creído sus sueños, se había fiado de sus palabras, había tocado a Dios en sus gestos y se había enamorado de su vida. Sí, su único crimen era haberse dejado seducir por ese hombre que ahora era tan injustamente ajusticiado. Sin embargo, él, valiente, poderoso, orgulloso de sus fuerzas, era un hombre escurridizo en esa noche maldita. De sus labios brotaban una y otra vez esas palabras inconcebibles: «*No lo conozco.*» Él que tanto amaba al Maestro, lo negaba con dureza. Como si no lo conociera, como si nunca hubiera sido amado por Él. **¡Qué débil es el corazón humano!**

Tanto como nuestro propio corazón. Queremos seguir a Jesús con nuestros brazos fuertes, con nuestra voz potente, con nuestro corazón apasionado. Creemos que el fracaso es imposible. Pero luego, cuando las cosas no resultan y nuestra vida se tambalea, dudamos. Construimos la casa sobre arena y los cimientos ceden con la tormenta. «*Sí, te queremos*», decimos, para más tarde negar que lo conozcamos.

La muerte de Jesús nos sobrecoge. Quedan en el alma sus últimas palabras: «*Tengo sed*». En el dolor de la cruz, en el más duro abandono, Cristo tiene sed. Sed de amor, sed de los hombres, sed que nosotros no logramos calmar. Y entonces resuenan las palabras de sus labios: «*Todo está cumplido*». Y Cristo entrega su espíritu. Su muerte nos commueve. Nos commueve pensar que no fuimos capaces de salvar su vida. El hombre no pudo acoger tanto amor y prefirió su muerte. La soledad de la cruz nos duele en el alma. Nos arrodillamos. Lo contemplamos. Se hacen carne las palabras que anuncian su muerte: «*Mirarán al que atravesaron*». Lo miramos sobrecogidos. La muerte sigue siendo ese dolor contra el que nos rebelamos. No queremos morir, no queremos que nadie muera. La muerte es como una noche sin final. No soportamos la muerte de un niño, ni de uno joven, pero tampoco la muerte de esos ancianos que nos han dado la vida. La muerte es demasiado extraña a nuestros anhelos. Miramos la cruz. En la cruz colocamos nuestros clavos, lo que más nos duele, lo que nos quita la paz. Miramos a Cristo en su dolor sostenido desde el cielo por el amor del Padre, sostenido desde la tierra por el amor de María. María llora en silencio junto a la cruz. No se mueve. Permanece firme, sostiene a su Hijo. Lo contempla en la cruz y escucha las palabras claves: «-*Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dijo al discípulo: - Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa*». Y nosotros la recibimos en nuestra casa, en el alma. Nos hacemos morada de María. Hogar de su corazón de Madre. El dolor, sin un amor que nos sostenga, no se puede soportar. Es demasiado duro, demasiado grande. Nos pesa el alma. Entregamos nuestra muerte y entregamos lo que no le pertenece a Cristo. El otro día una persona me comentaba el dolor que le causaba interpretar mal la petición de Jesús que nos pide negarnos a nosotros mismos. La cruz de Cristo parece la máxima expresión de este deseo. ¿Qué significa negarnos a nosotros mismos? ¿Significa dejar de ser quienes somos? No, no es así. Cristo muere en nosotros. Quiere que muramos a nuestro orgullo y vanidad, a nuestros miedos y egoísmos. Quiere que muramos para dejarle espacio en el alma, porque estamos demasiado llenos de nosotros mismos. **Queremos que Dios entre, que nos sane, que pueda morir lo que no es suyo y pueda vivir lo que a Él le pertenece.**

La resurrección para Pedro va a ser la vuelta a lo más profundo de su corazón. Vuelve a la vida desde la más profunda negación. Por eso su carrera hacia el sepulcro es una carrera hacia la vida. Pedro ha vuelto a nacer y por eso corre: «*Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos*» Juan 20, 1-9. Pedro había bajado hasta lo más profundo de su alma y ahora se encontraba subiendo camino al sepulcro. No entendía mucho lo que pasaba, pero creía. Igual que Juan, aquel discípulo amado. Por eso, al entrar al sepulcro vacío, creyeron. Vieron y creyeron. No vieron nada y su fe se hizo fuerte. Tenían la sensación de que sus vidas se estaban jugando en ese momento. Pedro tenía un corazón débil, pero ya había recorrido el camino de la misericordia. ¿Podría seguir ahora a Jesús? ¿Habría aprendido en el camino de la negación y el de la misericordia? ¿Estaba preparado? Al igual que todos los demás discípulos, aquella noche, en la última cena, había preguntado: «*¿Soy yo acaso, Señor?*» Jesús hablaba de un traidor y todos, en su interior, dudaban. ¿Cómo

podrían ellos traicionar al Maestro? Lo amaban, le debían la vida, a su lado habían aprendido a vivir. Sin embargo, la memoria es frágil, el corazón olvida y, en seguida, vienen las dudas. Pedro fue el primero en manifestar su orgullo y el primero en experimentar la humillación. Había llorado su propia muerte antes que la de Cristo. Habían sido sus lágrimas la más fuerte purificación de su alma. Se había sentido indigno, pecador, el peor de los hombres. Sin embargo, había sabido recorrer el camino de vuelta. No se había quedado enredado en los bosques espesos de la oscuridad de su alma. Había creído con una fe más fuerte, con una fe ciega. Con una fe que no tenía y que le había sido dada. Había cruzado la mirada con el Señor y había vuelto a la vida. Hay miradas que humillan y miradas que levantan del polvo. La mirada de Cristo lo rescató de lo más profundo. Era una mirada de misericordia y no de reproche. No lloró por el rechazo de Jesús, sino al experimentar su debilidad. Y esa experiencia era la que le iba a permitir correr por la mañana al sepulcro. Las lágrimas lo habían hecho más humilde y sencillo. El perdón de Cristo había hecho posible su propio perdón. Pedro había sido capaz de perdonar su caída, Judas no había aceptado ese perdón. Pedro llevaba ahora menos peso en el alma, porque el amor del Señor le había devuelto la vida, lo había amado en lo más profundo de su ser. **Había amado su debilidad, no su fortaleza, su barro y no su oro.**

Pedro y Juan, al llegar al sepulcro, creen y todo cambia. No creen con la cabeza, sino con el corazón. «*¿Qué has visto de camino, María, en la mañana? A mi Señor glorioso, la tumba abandonada, los ángeles testigos, sudarios y mortaja. ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza! Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua. Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia que estás resucitado; la muerte en ti no manda. Rey vencedor apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa*». Por eso es tan importante que el amor de Dios toque nuestras entrañas, que la Resurrección tenga lugar en lo más profundo del alma. Dice el P. Kentenich que «*las dificultades del tiempo actual radican, en la mayoría de los casos, en los sentimientos, no en la inteligencia*»⁵. El hombre de hoy ya no se ama y no es capaz de amar a Dios en su vida. Es capaz de hablar de Cristo, pero ya no habla con Él, no se dirige a Él, habla en tercera persona. No ha experimentado un amor tangible y huye, se esconde en la oscuridad de la noche, como Pedro, como los discípulos. Añade el P. Kentenich: «*Si Él no penetra en lo más profundo de nuestro interior, hasta el inconsciente mismo, podremos decir y predicar muchas cosas sobre el hombre nuevo, pero nunca seremos hombres nuevos*»⁶. La Resurrección, la vida que se nos escapa entre los dedos, la luz que rompe con el amanecer la noche, penetran en los rincones más profundos del alma. En la oscuridad penetra la luz con esa fuerza antes desconocida. Su luz acaba con nuestras tinieblas. **Si Dios nos penetra hasta lo profundo, seremos capaces de caminar por la vida con la paz que brota de lo alto.**

La Resurrección deja que nuestra vida se llene de un nuevo perfume. Al comenzar la semana escuchábamos cómo «*María tomó una fibra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungíó a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume*». El perfume inundó todo con su fragancia cuando se rompió el frasco. Es necesario romper el frasco para que salga su perfume. Pero no es tan sencillo. La muerte de Cristo supone que su corazón se rompe. Se rompe el velo del templo, se rompe la roca del sepulcro. Cuando resucita, una nueva fragancia llena nuestra vida, llena la vida de los discípulos. Nosotros estamos acostumbrados a dar un poco de nuestras vidas, un poco de amor, un poco de tiempo. Somos previsores y nos reservamos la mejor parte para nosotros. No queremos perder nada. No vaya a ser que luego nos falte. Nos miramos demasiado y pensamos en todo lo que nos hace falta para ser felices. Nos acostumbramos a guardar, porque nos da miedo que luego no haya. Guardamos el

⁵ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 244

⁶ J. Kentenich, “Mi santuario corazón”, 54

frasco, escondemos el perfume. Y así nuestra vida no huele a Dios, no tiene su fragancia, no tiene el olor que todo lo impregna. Pero para poder entregar este perfume es necesario salir de nosotros mismos, romper nuestros miedos, saltar sobre nuestras barreras. Dice el Evangelio: «*El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: -Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.*». El que busca a Cristo, descubre su rastro en el mundo. El perfume del resucitado se encuentra en el alma de los que lo aman. Tenemos su perfume y tenemos su acento. **Cuando su vida es nuestra vida su presencia es muy real.**

La fiesta de la Resurrección es una fiesta de la alegría. Se trata de una alegría sencilla y profunda al mismo tiempo. Benedicto XVI habla de la alegría que está grabada como un profundo anhelo en el alma: «*La aspiración a la alegría está grabada en lo más íntimo del ser humano. Más allá de las satisfacciones inmediatas y pasajeras, nuestro corazón busca la alegría profunda, plena y perdurable, que pueda dar «sabor» a la existencia. Todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas del día a día o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios, aunque no lo parezca a primera vista, porque Dios es comunión de amor eterno, es alegría infinita que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquellos que Él ama y que le aman.*». Cuando nuestro corazón se alegra en la Resurrección, cuando estamos vivos porque hemos vuelto a la vida, comenzamos a apreciar la belleza de todo lo que nos rodea y entregamos una alegría que nos ha sido dada. Hasta las cosas más sencillas nos parecen preciosas y sonreímos. Resuenan entonces hoy en el alma las palabras que hemos rezado en el salmo: «*Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo Ya hecho, ha sido un milagro patente.*». Sal 117, 1-2. 16ab- 17. 22. **Si vivimos con la conciencia de la resurrección nunca perderemos la sonrisa.**

La resurrección nos hace al mismo tiempo testigos de una vida nueva, de una felicidad que es un don en nuestra vida. En la película Maktub le preguntan al protagonista: «*Del uno al diez, ¿cómo es tu vida de feliz?*» Y él contesta: «*Tres. Ya estoy acostumbrado. Ya me doy cuenta que la vida es así. Si vas con cuidado y no piensas demasiado, no apesta.*». Nos podemos acostumbrar a una vida mediocre. Sin embargo, los hijos del Resucitado, estamos llamados a tener otra mirada sobre nuestra vida. Queremos tomarnos la vida en serio. A este mismo protagonista le dicen: «*La vida esta para vivirla a tope y no a medio gas*». Y le recuerdan que tenemos que luchar por lo que queremos y no dejar nunca de realizar: «*Actos espontáneos de amor*». Porque todo se juega en el amor. Cuando resucitamos con Cristo aprendemos a amar con su amor. Cuando vivimos así nuestra vida no podemos borrar la sonrisa de nuestro corazón. La segunda lectura de hoy nos invita a ser testigos de esta vida nueva, de este amor que se entrega: «*En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: -Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados*» Hechos de los apóstoles 10, 34a. 37-43. Estamos llamados a anunciar una nueva forma de vivir. Miramos el sepulcro vacío, buscamos al Maestro. Sabemos que está vivo, porque ya no está entre los muertos. **Es la esperanza que nos mueve cada día. Cristo vive en nosotros. El amor es más fuerte que el odio.**